

PERSONAJES

Ayer argumentaba que la pandemia no tiene un responsable al que atribuirle todo el lío. Que los virus forman parte de la vida natural de la que formamos parte. Que el modelo de producción y consumo en el que estamos insertos juega un papel importante en toda la historia, pero que no podemos personalizar el capitalismo. Este es una estructura con múltiples actores. De hecho, que a la mayoría de capitalistas la pandemia les resulte beneficiosa. Aunque ya se sabe que cuando las cosas van muy mal siempre hay alguien que sabe sacar tajada de la situación, Ya están las farmacéuticas y las empresas que ahora llamamos tecnológicas (como si la tecnología no existiera en toda actividad productiva) relamiéndose con las oportunidades de beneficios que les depara la situación. Pero tampoco ellos son el origen del problema.

Donde sí están las cosas más claras, donde si podemos poner nombres o individuos es en las razones que han hecho que la pandemia sea tan brutal en nuestras lares. Los que han contribuido a debilitar nuestro sistema sanitario y nuestro sistema de bienestar. Los que han hecho que tantas personas hayan llegado al confinamiento en una situación económica insoportable: sin ingresos, sin condiciones habitacionales adecuadas. Esta masa de pobres trabajadores que el encierro ha hecho emerger. Pero también aquí la lista de responsables no es pequeña. Más que unos pocos personajes son todo un conjunto social, lo que antes llamábamos una clase social o un grupo de poder. Un grupo en el que se combinan, al menos tres subgrupos relacionados entre sí: empresarios y rentistas, técnicos y académicos, políticos. Los primeros son los principales beneficiarios de la historia que ha precedido al coronavirus, entre ellos destaca esta reducida cúpula del 1% de superricos del mundo. Ellos han sido los que han ganado con los recortes de impuestos, las reformas laborales, la desregulación del mercado financiero, la gestión privada de servicios públicos. La otra cara del enriquecimiento ha sido el deterioro de los servicios públicos, de las condiciones de trabajo y el consiguiente aumento de las desigualdades. Pero no han estado solos, han contado con la inestimable legitimación de los grandes organismos internacionales y buena parte de las élites académicas (al menos las de Economía) que han recomendado, impuesto y dado por buenas todas estas reformas que favorecían a unos pocos. Y el complemento necesario ha sido claro está el de buena parte de los políticos que han aprobado leyes y reformas que han dado cuerpo a estas transformaciones.

Si miramos lo ocurrido en España se entiende fácilmente. La crisis anterior vino precedida de una brutal burbuja especulativa y una expansión igualmente desproporcionada del crédito. Las pequeñas y grandes fortunas que se gestaron en esta burbuja estuvieron facilitadas por las reformas que en su momento llevó a cabo el Gobierno de Aznar, que contó con el beneplácito de los organismos internacionales. El Gobierno Zapatero no empeoró las cosas, pero fue totalmente inútil para evitar el estallido de la crisis y en 2010 aceptó pasivamente el diktat de la Unión Europea para aplicar un drástico plan de ajuste, que a los dos años quedaría en pecata minuta comparado con las reformas que realizó el Gobierno Rajoy con el directo control de la Troika financiera. No en todos los países se hizo igual ni todos experimentaron el mismo grado de presión exterior (por esto no toda la responsabilidad es local, hay mucho político, alto funcionario y académico que, impuesto de forma aséptica, sin mancharse las manos, reformas que cuestan vidas y bienestar. Ni todos los políticos locales lo hicieron igual. En esto la palma se la llevan los Gobiernos de Mas en Catalunya y de Esperanza Aguirre en Madrid no sólo se aplicaron con deleite a los recortes, sino que generaron una variada gama de externalizaciones para generar un gran negocio a empresas amigas (el núcleo de la corrupción). Por esto Madrid y Catalunya hemos llegado tan mal preparados para afrontar la situación. Y los herederos de los culpables, los Torra y Díaz Ayuso, en lugar de solucionar las cosas, simplemente tratan de tapar las responsabilidades de los suyos y su propia incompetencia detrás de una bandera o de una fotografía de estudio. No son los únicos, pero son agentes activos de la trama que nos ha llevado hasta aquí. El problema es que es una trama tan grande y tan poderosa que no vemos la forma de meterle mano. Y de momento nos tenemos que conformar con denunciar sus responsabilidades mientras sus cachorros se atreven a hacer lo que les viene en gana y tienen la desfachatez de alegar que defienden la libertad.